

CUADERNO DE REFLEXIÓN N^{RO} 10



Mario Vargas Llosa: libre como el pensamiento

César R. Yegres Guarache

Sobre el autor

César R. Yegres Guarache

(Cumaná, Venezuela-1977) posee grados de Magíster Scientiarum en Administración de Negocios, Magister Scientiarum en Finanzas y Economista. Se desempeña como profesor universitario, investigador, asesor, consultor y escritor. Ha tenido una destacada participación en concursos y eventos de divulgación de ideas de la libertad en Argentina, México y Venezuela.

Escrito en Caracas, Julio 2023

Fotografía portada: Gianfranco Tripodo

Presentación

El Economista Cesar Yegres, colaborador de CEDICE Libertad, expone en este ensayo una travesía por la vida y obra del escritor Mario Vargas Llosa, gran amigo de esta casa. En el expone su trayectoria y destaca momentos clave en la polifacética vida de este insigne escritor defensor de las Libertad, ante todo. A través de citas del mismo Mario, de otros escritores, de documentales sobre el Premio Nobel, de una manera sencilla y agradable, César comparte este trabajo. Esperamos que sea del agrado de los lectores.

Rocío Guijarro

Capítulo I

El Premio Nobel de Literatura representa el máximo galardón mundial de las letras. Entregado desde 1901, como uno de los cinco premios originales establecidos por el polifacético Alfred Nobel en su testamento, recayó en su edición 2010 en Mario Vargas Llosa, “por su cartografía de las estructuras del poder y sus afiladas imágenes de la resistencia, rebelión y derrota del individuo”, representando el centésimo séptimo escritor global, sexto latinoamericano y onceavo de habla hispana en recibirlo.

En la Sala de Conciertos de Estocolmo, Pert Wäsberg, escritor e integrante de la Academia Sueca, presentó a Vargas Llosa como un “ciudadano del mundo”, un “poeta épico” y un “marxista convertido en liberal” que se apoya en la “fuerza de la literatura” para combatir todo “prejuicio, racismo y nacionalismo intolerante, ya que en toda gran literatura, los hombres y mujeres son iguales”.

Nacido en Arequipa, Perú, y compartiendo la nacionalidad española, el galardonado con el Nobel de 2010, ha sido un prolífico escritor e intelectual literario integral, cuya defensa de los fundamentos del liberalismo a lo largo de su ciclo vital, es el tema central a desarrollar en el presente ensayo. Su hoja vital registra un largo listado de reconocimientos, que van desde el Premio Biblioteca Breve de Novela (1963), el Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos (1967), el Premio Príncipe de Asturias de las Letras (1986), el Premio Planeta de Novela (1993), el Premio de Literatura en Lengua Castellana Miguel de Cervantes (1994) y el Premio Internacional Menéndez Pelayo (1999), además de su incorporación en la Academia Peruana de la Lengua (1977) y la Real Academia Española (1994) y haber recibido la Orden Nacional de la Legión de Honor en Francia (1985), entre otros.

En su discurso ceremonial en la capital sueca, Vargas Llosa resaltó que sin la literatura “seríamos menos conscientes de la importancia de la libertad para que la vida sea vivible y del infierno en que se convierte cuando es conculcada por un tirano, una ideología o una religión”. En su caso personal, refirió que aprender a leer, “a los cinco años” de edad, fue la “cosa más importante que (le) ha pasado en la vida” porque eso le ha permitido “refugiarse en esos mundos donde vivir era exaltante” y podía “sentirse libre” y “feliz”. Y, con la lectura, vino la escritura que, desde sus difíciles años de infancia y temprana adolescencia en adelante, le ha permitido “resistir la adversidad, protestar, rebelarse, escapar a lo intolerable” como “una luz que señala la salida del túnel, la tabla de salvación que lleva al naufrago a la playa”.

Al referirse a la situación mundial actual, recalcó la importancia de defender la

democracia liberal que, con todas sus limitaciones, sigue significando el pluralismo político la convivencia, la tolerancia, los derechos humanos, el respeto a la crítica, la legalidad, las elecciones libres, la alternancia en el poder, todo aquello que nos ha ido sacando de la vida feral y acercándonos –aunque nunca llegaremos a alcanzarla– a la hermosa y perfecta vida que finge la literatura (Vargas, 2010).

Respecto a su conversión del marxismo hacia la democracia y el liberalismo, expresó que fue “largo, difícil y se llevó a cabo despacio” a raíz de una sucesión de episodios históricos y bajo la influencia de diversos pensadores, pudiendo así revalorizar “la cultura democrática y las sociedades abiertas (Ídem)”.

Capítulo II

Mario Vargas Llosa nació el 28 de marzo de 1936, en el seno de una familia monoparental. Su madre, Dora Llosa, de 20 años de edad, dio a luz en la casa de su familia en Arequipa, motivada por las circunstancias. 4 meses antes había abandonado su hogar conyugal en Lima, a petición de su propio esposo, Ernesto Vargas Maldonado, en medio de un matrimonio sumamente disfuncional, dado el carácter autoritario de éste.

Luego de un muy breve noviazgo que culminó con el matrimonio de la pareja y de fijar su residencia en Lima, en 1935, brotó el temperamento de Ernesto, aderezado por prejuicios raciales y de condición socioeconómica hacia la familia de Dora (Krauze, 2011). Transcurridos apenas 6 meses de matrimonio, Ernesto solicitó el divorcio y ni siquiera acudió a conocer personalmente a su hijo recién nacido. En la sociedad peruana de aquel tiempo, un divorcio era algo socialmente reprochable, por lo que la familia Llosa se trasladó a Cochabamba, en la vecina Bolivia, donde el padre de Dora, Pedro, se dedicó al cultivo del algodón y llegó a ocupar el cargo de Cónsul honorario del Perú.

En ese ambiente, vivió Mario sus primeros 10 años, sumamente protegido y consentido por todos en la familia, pero especialmente por su abuelo Pedro, de quien recibió sus primeras lecciones de literatura y escritura (Ídem). Vargas Llosa recuerda que las primeras menciones del término “liberal” las escuchó de las conversaciones de su abuela Carmen con su tía abuela Elvira, cuando de forma despectiva, se referían a alguien librepensador, “de costumbres disolutas” muy flexible en temas de pareja, religión y moral. En retrospectiva, concluye que se trataba de una perspectiva del

liberalismo propia del siglo XIX, cuando la ortodoxia religiosa llevó a los liberales a enfrentarse a los conservadores por razones de religión de Estado, laicismo y libertad de pensamiento (Vargas, 1975).

Esa rutina familiar tuvo un cambio repentino en 1945, con la elección como Presidente de la República del Perú de José Luís Bustamante y Rivero, pariente de los Llosa, y el consecuente nombramiento del abuelo Pedro Llosa como prefecto en Piura, lo que motivó el traslado de toda la familia a dicha ciudad. Sin embargo, otro cambio aún más radical ocurriría en la vida del niño Mario: la aparición de su padre, a quien no conocía y además, daba por muerto. Un fortuito encuentro de Ernesto con Dora, quien no había vuelto a tener pareja desde entonces, motivó un nuevo intento de recomponer el matrimonio Vargas Llosa. De este modo, la idílica etapa del niño Mario bajo el cobijo de su familia materna llegó a su fin, cuando tuvo que mudarse a Lima con su madre y su padre.

La impresión para Mario de aquella situación fue profunda. De una noción casi angelical que tenía de su supuestamente difunto padre, a quien solamente conocía por fotografías, tuvo que afrontar la dura realidad de un padre de carne y hueso, cuyo temperamento violento no había cambiado en lo absoluto durante ese tiempo y ahora se manifestaba no solamente contra Dora sino también contra su pequeño hijo.

A la adversa imagen que Ernesto tenía de los Llosa, se unía ahora como un elemento más de furia y rechazo, la inclinación que notó en Mario hacia la literatura. Así transcurrió el final de la infancia y la temprana adolescencia de Mario, utilizando a la literatura como un símbolo de rebeldía, resistencia y de libertad hacia una figura autoritaria que, en cruel coincidencia del destino, no estaba confinada al hogar, sino que, de forma literal, se extendió a todo el Perú. En 1948, el General Manuel Apolinario Odría encabezó un exitoso golpe de Estado, que significó el derrocamiento del Presidente Bustamante y Rivero así como el inicio de una dictadura de estirpe militar que duraría

ocho años, a lo que Vargas Llosa se ha referido posteriormente como el inicio de su “odio hacia los dictadores de cualquier género, una conducta invariable de (su) conducta política (Vargas, 2018)”.

Tan grande era el rechazo de Mario hacia el autoritarismo como el de Ernesto hacia la idea de que su hijo se inclinara por las letras, que decidió inscribirlo, a los 14 años de edad, en un Colegio Militar, asumiendo que la disciplina propia de una institución de esa naturaleza lo apartaría de aquella afición (Krauze, 2011). No obstante, el resultado fue contraproducente: la soledad de Mario en ese ambiente inusual para él, lo condujo a dedicarse con más ahínco a la lectura y la escritura, sembrando las semillas de su vocación como escritor. En ese Colegio, pudo conocer a una muestra variopinta de jóvenes representantes de todo el espectro racial y social del Perú, lo que le permitió ampliar su visión acerca de la sociedad peruana, sus matices y contrastes (Ídem).

De esos días, Mario resalta la importancia que tendría en la configuración de su habilidad narrativa de una breve pasantía en un medio de comunicación escrito durante sus vacaciones de verano. Luego de dos años lectivos allí, un error involuntario impidió que Mario se inscribiera en el Colegio Militar para su último año de bachillerato y tuvo que solicitar la ayuda de un tío materno, Lucho Llosa, quien le consiguió un cupo en un Colegio de Piura, le brindó residencia en su propia casa durante ese lapso y le sirvió de mentor de sus primeras lecciones de socialismo y comunismo, que percibía como la receta idónea para aliviar las marcadas desigualdades del ingreso y la riqueza en la sociedad peruana.

Unas primeras lecturas de clásicos de la literatura de izquierda, junto con el triunfo de un movimiento de esa misma corriente en Bolivia (la revolución de 1952 encabezada por el Movimiento Nacionalista Revolucionario) le llenaron “la cabeza y el corazón de ideas socialistas y revolucionarias” (Vargas, 1993). Especial admiración le produjo, por ejemplo, la lectura de la autobiografía de Jan Valtin, *La noche quedó atrás*, don-

de narraba sus peripecias como militante del comunismo en Alemania en la época del nazismo, como uno de “esos santos laicos que, pese al riesgo de ser torturados, decapitados o de pasarse la vida en las mazmorras nazis, dedicaban su vida a luchar por el socialismo (ídem).

Esos días también tuvo nuevamente la oportunidad de trabajar en un medio de comunicación lo cual, alejado de la rigidez de la tutela paterna, sería decisivo en consolidar en el joven Mario la percepción de su definitiva vocación como escritor, que le serviría como un vehículo de libertad, para expresar toda su creatividad, sin presiones ni cor-tapisas (Krauze, 2011).

En ese último año escolar, Vargas Llosa fue uno de los organizadores de una huelga en su Colegio, por una intempestiva medida de aplicación de los exámenes finales del semestre, que consideraban injusta, lo cual resultó para él en una suspensión de siete días. De allí le brotó su primera inquietud política, “con el idealismo y la confusión con que suele irrumpir en un joven (Vargas, 1993)”. Su nueva inclinación ideológica, junto con esa novedosa sensación de libertad personal, lo condujeron a tomar la decisión de inscribirse en las carreras de Derecho y de Letras en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, una institución pública donde sentía que tendría la oportunidad, no solamente de convivir con gentes de todos los orígenes étnicos y sociales del Perú, sino también de participar activamente como militante de alguna organización proselitista de izquierda, posibilidad que tendría cerrada en la Universidad Católica de Lima, adonde su familia prefería que se matriculara.

Capítulo III

El ingreso a la Universidad en 1953 marcaría una etapa de mayor compromiso con la literatura, no solamente en lo académico y vocacional, sino algo francamente existencial. En línea con lo planteado por Jean Paul Sartre -uno de sus nuevos escritores de cabecera- acerca del papel de los literatos como voceros de los problemas e injusticias de su entorno, Vargas Llosa asumió aquello como una canalización de sus inquietudes acerca de temas diversos pero, especialmente, de uno que desde su último año escolar estaba colándose entre sus intereses inmediatos: la política.

Motivado por su preocupación acerca de las profundas desigualdades económicas y sociales presentes en la sociedad peruana, que asumía podían resolverse mediante el camino revolucionario que proponían los teóricos del socialismo y el comunismo, Vargas Llosa se incorporó a una célula estudiantil del Partido Comunista, que había sido ilegalizado por la dictadura y apenas sobrevivía en pequeños grupúsculos clandestinos como ése, que bautizaron como Cahuide.

Con el mote de “Camarada Alberto”, asumió un rol activo, que incluyó la lectura y debate de textos fundamentales [“Mariátegui, Politzer, Marx, Engels, Lenin (Vargas, 2018)”]; la impresión y difusión de volantes; el apoyo a huelgas obreras y la agitación propia de un movimiento de esa naturaleza en un claustro universitario. No obstante, su espíritu crítico, “su individualismo, su naturaleza díscola” (Vargas, 1993) (y ya libertaria, aunque aún no lo percibiera de ese modo) le hizo rápidamente comenzar a argumentar en contra de la rigidez y verticalidad del Cahuide, característica de toda organización leninista, cuyas temáticas teóricas y de debate le parecían sumamente doctrinarias, dogmáticas y abstractas, alejadas de la realidad y sus complejidades.

Su militancia en la célula culminó al cabo de un año, lo cual no significó abandonar necesariamente sus creencias de izquierda ni tampoco su lucha contra la dictadura de Odría (Krauze, 2011).

A principios de 1956, Vargas Llosa se enroló en el recién creado partido demócrata cristiano, en un movimiento aparentemente incompatible con sus preferencias de izquierda, pero que representaba un modo alternativo de oposición a la dictadura. En paralelo, desarrolló una intensa actividad como escritor, que lo hizo abandonar sus estudios de Derecho, pero persistir en los de Letras hasta obtener su título como Licenciado en 1958. Precisamente, uno de sus primeros cuentos fue premiado en un concurso en Francia, cuyo premio consistió en una breve estadía, de turismo cultural en París, que lo entusiasmó de tal forma que se convenció de la necesidad de mudarse a Europa para desplegar toda su inventiva como narrador. Primero recaló en Madrid, mediante una beca de estudios de postgrado en la Universidad Complutense, luego en París y finalmente en la capital española, donde alcanzaría el grado de Doctor en Filosofía y Letras en 1971.

En ese ínterin, donde además de las mudanzas, también tuvo cambios de estado seglar (casado, divorciado y vuelto a casar) y de empleos (escritor, reportero, profesor), Vargas Llosa pudo experimentar un fervor común a casi todos sus compañeros de generación en esta parte del continente: el apoyo al triunfo a la rebelión encabezada por Fidel Castro en Cuba, que derrocó al dictador Fulgencio Batista al amanecer del 1° de enero de 1959.

Aquello tenía todos los ingredientes de una película de héroes: los protagonistas, jóvenes y valientes que, en minusvalía de recursos, logran derrotar al poderoso enemigo, encarnado en Batista, liberar a la nación de un régimen opresor e iniciar una nueva y prometedora etapa. Para un defensor de las libertades, independientemente del espectro político, el apoyo a aquel movimiento era algo obvio e, inclusive, digno de copiar y trasladar a otras latitudes, necesitadas de una liberación como aquella.

Capítulo IV

Como parte de sus múltiples oficios afines a las letras, Vargas Llosa se encontraba contratado como reportero por una agencia de prensa francesa, cuando en octubre de 1962 fue enviado a darle cobertura en La Habana a la denominada “crisis de los misiles” entre EE.UU y la U.R.S.S. Allí percibe los resultados aparentemente exitosos del régimen instalado tres años antes en el bienestar colectivo de los cubanos, llegando a declarar que aquello era “un pueblo libre y esperanzado (Vargas, 2018)” bajo “una revolución libertaria” y “con justicia”. En aquella coyuntura particularmente tensa, pudo ver de cerca a los aviones espías estadounidenses y donar sangre como parte de su aporte a la causa (Krauze, 2011), junto a los numerosos artículos y ensayos que ya había publicado al respecto.

Al igual que muchos otros intelectuales de Occidente, la revolución cubana le parecía una versión fresca, moderna, remozada y bastante más justa y abierta que su equivalente soviética, “eso creíamos muchos”, por eso tuvo “en sus primeros años, un respaldo tan grande (Vargas, 2018)”. No sólo las reformas aplicadas por la revolución en Cuba para dotar de tierras a los campesinos, de brindar servicios de salud y de educación de forma masiva y gratuita les granjearon simpatías, sino especialmente el apoyo al movimiento cultural y la aparente libertad de expresión que allí se practicaba.

Porque si algo valoraba especialmente, era esa facultad de expresarse sin obstáculos de ninguna naturaleza. No era un incondicional acérrimo, y reconocía los errores de diversa índole que se habían cometido en el camino hacia esa tierra prometida en la isla, pero los justificaba como parte del necesario proceso de reforma y transición, cuya trascendencia era menor a la observada en la esfera soviética. Precisamente,

como una muestra aparente de apoyo a una cultura libre, Vargas Llosa recibió una invitación para integrarse al Consejo de colaboradores de la revista cultural *Casa de las Américas*, junto con un puñado de destacados intelectuales cubanos y de diferentes partes del mundo, que aceptó y concretó en 1966, en su tercer viaje a Cuba.

Aquel encandilamiento por una revolución que estaba reformando la realidad cubana en un marco de libertades y justicia pronto comenzó un paulatino declive, en un trance común a la de muchísimas personas en circunstancias similares: con manifestaciones tenues al principio, no muy perceptibles y aparentemente inofensivas, pero que con el examen objetivo que el tiempo permite, revelan su carácter no achacable a la casualidad ni a una coyuntura, sino constantes y graduales, en forma de patrón, parte de la tipología de esos sistemas políticos.

Uno de los primeros síntomas fue la clausura de *Lunes de Revolución*, un suplemento cultural del periódico *Revolución*, que Guillermo Cabrera Infante había creado y dirigía desde 1959, como la faceta cultural de ese movimiento que arropaba a toda Cuba, con la libertad propia de opinión, análisis y expresión indispensables para los intelectuales, pero que el nuevo régimen no estuvo dispuesto a seguir tolerando. Vargas Llosa no alcanzó a leer ninguno de sus ejemplares, porque ya el suplemento había dejado de circular cuando visitó Cuba por primera vez (Vargas, 2017) y era clara la intención de controlar toda la prensa.

Otro episodio relevante fue la creación de unos organismos oficiales denominados Unidades Militares de Ayuda a la Producción (UMAP) que, más allá del rimbombante nombre “vaya eufemismo maravilloso (Sarmiento, S., Pantoja, B. & Guemez, A. (2021))”, funcionaban como campos de detención y trabajos forzados para todos aquellos que consideraran opositores al régimen o siquiera sospechosos de cualquier crítica; delinquentes comunes, desertores o, inclusive, hasta homosexuales.

Ante todo ello, Vargas Llosa firmó un comunicado junto a un amplio grupo de intelectuales, condenando esa situación y exigiendo una explicación. La respuesta de Fidel

Castro fue la organización de un cónclave del propio Castro con los firmantes, a principios de 1967, que se extendió por 12 horas, en el que más que un diálogo, fue un monólogo donde el cabecilla de la Revolución hizo gala de su mejor oratoria para lucir abierto, flexible y dispuesto a solucionar los problemas que le plantearon. Tan así fue, que Vargas Llosa declaró luego del encuentro, estar “convencido (...) del amor de Fidel por su país y de la sinceridad de su convicción de estar actuando en beneficio de su pueblo (Vargas, 1967, citado por Vargas, 2009)”.

A pesar de ello, el escritor peruano manifestaba ya detestar la “beatería, en cualquiera de sus formas” y que, en medio de su “admiración por la Revolución Cubana” le parecían

deplorables esos testimonios reverenciales, hagiográficos, esos actos de fe disfrazados de crónicas o reportajes, que pretenden mostrar a la Cuba actual como un dechado de perfecciones, sin mácula, como una realidad a la que el socialismo, mágicamente, ha liberado de toda deficiencia y problema y convertido en invulnerable a la crítica. No, no es cierto. Cuba tiene todavía sin número de problemas por resolver, no en todos los campos ha alcanzado los mismos aciertos, y hay, desde luego, muchos aspectos de la revolución discutibles u objetables (Vargas, 1967, en Vargas, 2009).

Otro síntoma del contraste entre la teoría revolucionaria y la realidad lo vivió Vargas Llosa durante su primera visita a la URSS, la que se suponía era la referencia obligada del modelo ideal a alcanzar por los revolucionarios. En apenas pocos días pudo palpar la monotonía, tristeza y desolación propias de una sociedad reprimida, controlada, sin iniciativa propia, que espera y recibe todo lo que necesita de un Estado omnipresente.

“Aunque hubieran desaparecido las diferencias de clase en función del dinero (...) las desigualdades eran enormes y existían exclusivamente en función del poder (Vargas, 2018)”. De allí, salió profundamente decepcionado y convencido de que alguien con un perfil tan expresivo y elocuente como el suyo, no podría adaptarse a vivir en un ambiente así, pertenecería al bando de los opositores, de los disidentes, de los exiliados o en un campo de concentración (Sarmiento, S., Pantoja, B. & Guemez. A., 2021).

Meses más tarde, Vargas Llosa fue informado de la postulación, por parte de los directivos de los organismos cubanos de cultura, de su novela *La Casa Verde* a la primera edición del Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos, organizado por el Gobierno de Venezuela. Antes de darse a conocer los resultados del concurso, Vargas Llosa recibió una curiosa propuesta por parte de los mismos que presentaron su candidatura: en caso de resultar ganador, donar el monto en metálico del premio al Ché Guevara, que se encontraba en esos momentos en una misión en territorio boliviano.

Aun cuando dicha donación fuera anunciada y ejecutada públicamente, Vargas Llosa recibiría en privado el equivalente exacto al premio, por parte del Gobierno cubano. En lo que vino a representar un primer *impasse* serio con la *nomenklatura* de la isla, Vargas Llosa rechazó la propuesta. Semanas más tarde, se dio a conocer que *La Casa Verde* había obtenido el primer lugar en el concurso, entre 17 novelas postuladas.

Capítulo V

Acompañado de Gabriel García Márquez, José Donoso, Carlos Fuentes, Juan Rulfo y Juan Carlos Onetti, Vargas Llosa acudió en agosto de 1967 al acto de entrega del premio en Caracas, que incluía, además del dinero, un diploma y una medalla de oro. El ambiente estaba cargado de cierta tensión, porque el galardón era otorgado por el Gobierno presidido por Raúl Leoni, de tendencia socialdemócrata y segundo presidente de la recién estrenada etapa democrática venezolana, que se encontraba en un enfrentamiento público con el Gobierno cubano, por el financiamiento y apoyo logístico brindado a un grupo de rebeldes guerrilleros, operativos en zonas montañosas y en algunas ciudades del territorio venezolano, que buscaban desestabilizar al sistema político, cuya manifestación más concreta había sido un intento reciente de invasión armada a ese país suramericano, que exitosamente repelido por las fuerzas armadas institucionales.

En una ceremonia presidida por el propio Gallegos y funcionarios culturales del Gobierno venezolano, Vargas Llosa pronunció un discurso centrado en la importancia del escritor y de su autonomía para expresarse libremente acerca de las circunstancias de su entorno, pero intercalando elogios nada sutiles al Gobierno revolucionario encabezado por Castro. Mientras agradecía la hospitalidad de los venezolanos y su premiación en el certamen, que no le exigió “ni la más leve sombra de compromiso ideológico, político o estético”, citaba el caso de la azarosa y fugaz vida de su compatriota, el poeta peruano Carlos Oquendo de Amat, para definir la vocación de escritor como “hermosa, absorbente, tiránica (...) una diaria y furiosa inmolación”, que “nace del desacuerdo de un hombre con el mundo, de la intuición de deficiencias, vacíos y

escorias a su alrededor” que, como “forma de insurrección permanente”, “no admite las camisas de fuerza” porque su razón de ser “es la protesta, la contradicción y la crítica”.

Señaló que el ejercicio de escribir únicamente será “útil (...) a la sociedad” si ocurre bajo esas condiciones, que no estaban presentes en América Latina, dadas la “hostilidad, indiferencia, y menosprecio” aun cuando reconocía que aquello estaba cambiando para mejor y que, precisamente, premios como el Rómulo Gallegos eran un ejemplo palpable, aun sin dejar de advertir “lo que les espera” a estos países, al permitir la libre expresión literaria, como un “torrente de agresiones, ironías (y) sátiras”.

Finalizó su discurso señalando el terreno fértil de la realidad latinoamericana para “ser un insumiso y vivir descontento”, sugiriendo que sería el socialismo y su “justicia social”, que habían llegado a Cuba, lo que liberaría a la región de su “anacronismo” y “horror”, en un plazo de “diez, veinte o cincuenta años (Vargas, 1967)”. A pesar del rechazo a la propuesta de la pantomima de donativo del premio, Vargas Llosa recibió elogios de sus promotores culturales cubanos por su discurso de Caracas. Pero, ése sería el último gesto amistoso en esas relaciones, que a partir de allí, no harían sino empeorar.

Al año siguiente, ocurrió la invasión rusa a Checoslovaquia, que fue blanco del repudio público de Vargas Llosa y de buena parte de la intelectualidad de izquierda del momento, que de inmediato se acrecentó al comprobar el apoyo de La Habana a tal acción bélica, en un marco de presión creciente por parte del Gobierno cubano sobre las actividades de sus intelectuales. “A muchos amigos sinceros de la Revolución cubana, las palabras de Fidel nos han parecido tan incomprensibles y tan injustas como el ruido de los tanques que entraban en Praga (Vargas, 2012, citado por Sánchez-Costa, 2020)”.

Eso motivó a una nutrida representación de sus colegas extranjeros, que también participaban en la dinámica cultural de la isla, a enviarle una misiva abierta a Fidel Castro, expresándole su preocupación por esas restricciones a la libertad creativa.

La respuesta a tales argumentaciones públicas de Vargas Llosa vino a través del Consejo de colaboradores de *Casa de las Américas*, que lo increpó y exhortó a presentarse personalmente, no sólo a las reuniones regulares programadas del Consejo, sino además por lo que consideraban como un acto de indisciplina y de oposición injustificada tanto a la política exterior del Gobierno cubano como a la situación interna con los intelectuales. Comenzó así una serie de ataques personales públicos, mediante la palabra escrita, contra Vargas Llosa, por parte de aquellos que hasta hace poco eran sus editores y promotores.

Así las cosas, lo que definitivamente generó un quiebre de esa relación fue el caso del escritor cubano Heberto Padilla, uno de los intelectuales más activos de la isla, que publicó una velada crítica a la Revolución en uno de sus poemarios, desencadenando un proceso judicial -por el que fue encarcelado, juzgado y obligado a retractarse y a declarar en su contra, junto a otros compañeros, pero siendo él la figura señera- similar a los practicados por sus equivalentes soviéticos.

Conociendo personalmente a Padilla y a los otros implicados en la trama, Vargas Llosa y sus colegas no cubanos sabían que aquello era un burdo montaje, por lo que nuevamente dirigieron una misiva a Castro, donde manifiestan su “vergüenza” y “cólera”, y lo exhortan a evitar “el oscurantismo dogmático, la xenofobia cultural y el sistema represivo que impuso el estalinismo en los países socialistas (Vargas, 2009)”.

La réplica de Castro no se hizo esperar, fustigando a los intelectuales extranjeros y prohibiéndole la entrada a la isla por “tiempo indefinido e infinito”. Naturalmente, Vargas Llosa dirigió una carta a la Dirección de *Casa de las Américas* presentando su renuncia al Consejo de colaboradores, señalando que el proceso contra Padilla y los

otros escritores era la negación de la “lucha por la justicia sin perder el respeto por los individuos”, que lo había hecho apoyar a la Revolución cubana desde el principio.

Quienes, desde *Casa de las Américas* y otros organismos oficiales culturales de la isla, manifestaban haberle dado voz a Vargas Llosa y promoverlo en los círculos intelectuales, ahora lo fustigaban con fiereza, incluyendo señalamientos directos a su persona y no tanto a sus argumentaciones contrarias, a la Revolución como un todo, sino a esas prácticas específicas. De nada sirvió una aclaratoria pública de Vargas Llosa poco después, aseverando que lo suyo no era “hostilidad contra la Revolución cubana, en cuyas realizaciones todavía creía” sino una “protesta” ante lo que consideraba un acto contrario a la justicia social que caracteriza al socialismo y que le da un “verdadero sentido” a las libertades de “creación” y de “opinión (Krauze, 2011)”.

Lo ocurrido, precisamente, daba la razón a los críticos del proceso cubano, al comprobar la desproporcionada reacción adversa contra cualquiera que criticara, aunque fuese el más mínimo aspecto, y que lo igualaba a las peores experiencias que, en regímenes similares, registra la historia universal.

Mis libros fueron prohibidos en Cuba luego de que comencé a criticar al Gobierno cubano (...) empecé a recibir una lluvia de injurias, lo que para mí fue muy instructivo. Pasé, después de haber sido una figura muy popular en los medios de izquierda y en los medios rebeldes, a ser unapestado. Las mismas personas que me aplaudían con mucho entusiasmo cuando iba a dar una conferencia, si yo aparecía por allí me insultaban y me lanzaban volantes (Vargas, 2017).

En esa época, Vargas Llosa se incorporó al equipo de colaboradores de una nueva revista, denominada *Libre*, fundada en París por Jorge Semprún, Plinio Apuleyo Mendoza y Juan Goytisolo, que sirvió de plataforma para denunciar los abusos contra la libertad de expresión por parte de Gobiernos como el cubano.

Capítulo VI

A pesar de sus señalamientos contra lo ocurrido en la URSS y en Cuba, Vargas Llosa aun siguió creyendo durante un tiempo en las supuestas bondades del socialismo para construir una sociedad más justa, libre (Krauze, 2011) y democrática. Sin embargo, gradualmente, comenzó a percibir que, sin dejar de anhelar ese mismo fin, era necesario sopesar la operatividad de otros medios (Granés, 2008, prólogo en Vargas, 2009). Se embarcó en una línea defensora a ultranza de las libertades, en especial la que le atañía más directamente, las de creación, expresión y opinión.

Frente a (la) amenaza (del) poder se levanta, como David frente a Goliat, el creador que, en razón misma de su oficio, la defensa de la libertad es no tanto un deber moral sino una necesidad física, porque la libertad es requisito esencial de su vocación, es decir, de su vida (Vargas, 1975).

Reconociendo el contraste entre las democracias y las dictaduras en ese aspecto, afirmó que las éstas buscan “controlar la literatura, el arte y la creatividad”, elementos que “nos enseñan a mirar el mundo con una actitud crítica”, porque “consideran al pensamiento independiente como peligroso”, en cambio que, bajo ninguna democracia auténtica se cree “que una novela o un poema puede ser peligroso o subversivo (Vargas, 2017)”. En ese sentido, dirigió en 1975 una carta abierta al General Juan Velasco Alvarado, Presidente del Perú, en la que “con la misma fiereza” con que había “aplaudido todas las reformas de la revolución”, condenaba su “política represora en

materia de información y opinión”, recalcando que la publicaba en el extranjero, al no tener ninguna tribuna en el Perú para hacerlo (Vargas, 1975, en Vargas, 2009).

De aquellos tiempos de demarcación con cualquier afiliación que lo comprometiera con gobiernos en particular, Vargas Llosa valora especialmente la recuperación de una libertad “para tomar posición” que ejerce desde entonces, con sus aciertos y errores, “que dependen exclusivamente de (sus) propias convicciones” y “experiencias (Vargas, 1989)”. Como parte de esa transformación gradual de sus visiones, se sintió un poco defraudado de uno de sus referentes de juventud, Jean Paul Sartre, y reivindicó a otro que había apartado por sus diferencias en la misma época, Albert Camus.

Vargas Llosa acude en 1979 a un simposio internacional en la capital peruana, organizado por Hernando de Soto, cuyos ponentes eran figuras de renombre en el pensamiento liberal, como Friedrich von Hayek, Jean François Revel y Milton Friedman que le permitieron hacer un primer contacto directo con las tendencias y posiciones que sostenían, en su gradual proceso personal de valoración de las libertades integrales bajo un ambiente democrático, más allá de la literatura o el papel crítico del escritor en la sociedad, que le permitieron ampliar sus perspectivas en temas filosóficos, económicos, políticos y sociológicos.

Luego de incluir a los tres ponentes de aquel evento en su radio personal de autores de cabecera, en la lista siguieron Adam Smith, José Ortega y Gasset, Arthur Koestler, Karl Popper, Juan Bautista Alberdi, Milton Friedman, Ludwig von Mises, Isaiah Berlin, Raymond Aron y Carlos Rangel, así como el interés para seguir de cerca el desempeño de Margaret Thatcher y Ronald Reagan al frente de sus respectivos gobiernos. Precisamente, con el objeto de divulgar la obra y el pensamiento de algunas de estas figuras, y el impacto que tuvieron en su nueva visión del mundo, Vargas Llosa publicó en 2018 un libro de ensayos titulado “La llamada de la tribu (Sánchez-Costa, 2020) (Vargas, 2018)”.

Para Krauze (2011), ese período fue determinante en el devenir del Vargas Llosa como escritor de ficciones, pero también de artículos y ensayos de opinión de actualidad –cabe destacar la columna semanal que ha mantenido a lo largo de 31 años en el diario El País de España-, porque esos nuevos “horizontes” le dieron “claridad sobre el carácter opresivo de los diversos fanatismos de la identidad (nacional, indígena, hispana, religiosa, ideológica, política)” que, además de diversificar los enfoques de sus obras literarias, también le permitieron “exorcizar aquellos fantasmas” del autoritarismo, el abuso de poder y la violencia que han obstaculizado “el progreso material y moral de su país y de América Latina (Idem)”.

Capítulo VII

Desde aquellos lejanos días de Cahuide y de su tibia militancia en las filas de la democracia cristiana, habían transcurrido tres décadas, en las que Vargas Llosa se había alejado de la política, al tiempo que se consolidaba como uno de los más importantes escritores de habla hispana, integrante del fenómeno del boom de literatos latinoamericanos. No había en él ningún interés aparente en figurar en el ámbito político de forma directa, sino a través de sus periódicos ensayos y artículos de opinión.

Sin embargo, un giro inesperado de las circunstancias políticas del Perú cambiaría aquel apacible estado de cosas. Durante unas vacaciones de playa en su país natal a mediados de 1987, Vargas Llosa escucha por radio el anuncio del Presidente Alán García (1985-1990) de nacionalizar los bancos y todo el sistema financiero peruano, como una medida radical en medio de una profunda crisis económica y social, que había sumido a grandes capas de la población en la pobreza, que se acompañaba también de brotes de violencia.

Alarmado por las nefastas consecuencias que una medida así traería sobre la sociedad peruana, Vargas Llosa se incorporó a un movimiento civil que se organizó rápidamente para condenarla, advertir lo que ella traería y procurar la presión pública suficiente para detenerla. Así lo hicieron y la medida nunca pudo ser aplicada. Lo curioso del episodio fue que Vargas Llosa estuvo encargado de transmitir públicamente el mensaje de todo el grupo, como un vocero no oficial, que prestaba su imagen y parte de sus ideas para ese fin. La reacción pública fue algo inesperado para todos los involucrados.

Sin buscarlo en ningún momento, y como parte de esos fenómenos mágicos e inexplicables de la política, con esa aparición, Vargas Llosa comenzó a ser visto como una figura diferente al establecimiento político tradicional peruano, que reunía las credenciales necesarias para resolver la crisis nacional, desde un cargo tan alto como el de la Presidencia de la República.

A ese inicial grupo civil, se fueron incorporando elementos políticos para constituir en 1988 el Movimiento Libertad y el Frente Democrático que al año siguiente, junto a otras organizaciones políticas, postularon a Vargas Llosa como candidato para las elecciones presidenciales de 1990 (Krauze, 2011). Era “para el escritor, un gran cambio, una aventura (Granés, 2008 prólogo en Vargas, 2009)” y un desafío enorme: aplicar en el Perú un programa de gobierno con bases en las libertades civiles, el equilibrio en las ramas del Poder Público y una economía de mercado que brindara oportunidades para todos. En palabras de Krauze (2011) lo que Vargas Llosa se proponía era “exorcizar los demonios del Perú (...) remediar los males históricos del poder...desde el poder”. Para ello, era necesario atravesar una cruda etapa de ajustes, en lo fiscal, lo monetario y lo institucional, difícil de hacer comprender a las masas de potenciales votantes, ya de por sí afectados por la reinante crisis económica y social.

Acostumbrado a expresarse libremente, Vargas Llosa planteaba directamente los sacrificios implícitos en la fase inicial del período presidencial, necesaria para sacar al Perú del marasmo y hacerlo próspero y libre.

Vamos a decir la verdad, a explicar exactamente lo que queremos hacer (...) y el precio (de esas reformas) para que la gente no se sienta engañada (...) Pensé que los gobiernos anteriores habían fracasado porque hacían promesas que nunca cumplían una vez

que tomaban el poder. Nosotros, en cambio, no haríamos promesas incumplibles y diríamos la verdad. Pero claro, decir la verdad en política lo hace a uno inmensamente vulnerable (Vargas, 1989).

Al respecto, señalaba como un requisito indispensable para el éxito de las reformas, un compromiso sólido de los integrantes de su equipo de trabajo, sin lo cual tendría él que flexibilizar su posición y ceder en sus planes, con lo que se pondría en riesgo todo lo planificado (Ídem). Para algunos analistas y versados en el arte de la política, aun cuando reconocían que Vargas Llosa estaba en lo correcto al decir que “en una democracia no se puede llevar a cabo una reforma tan profunda como es una reforma liberal en contra del consentimiento y el apoyo popular (Vargas, 1994a)”, aspirar a cambiar el descontento natural con los líderes políticos tradicionales, hacer de la política algo “creíble” y no hecho “para engañar a las gentes y servirse de ellas” en un lapso tan corto de tiempo como el de una campaña electoral, era algo ingenuo, propio de alguien no experimentado en esos menesteres.

Aún con estos considerandos, Vargas Llosa estuvo encabezando las encuestas de preferencia en el voto para las elecciones, y parecía despejada su ascensión a la Presidencia. Todo eso cambió casi de repente, con la aparición como candidato de Alberto Fujimori que, sin una plataforma política ni una propuesta concreta de gobierno, pero con una propaganda simple y llana que lo hacía ver como una figura cercana al votante promedio de clase baja, fue ganando espacios en las preferencias populares, subiendo en las encuestas, hasta alcanzar un sorprendente segundo lugar en los comicios presidenciales de marzo de 1990, que encabezó Vargas Llosa, pero con un porcentaje insuficiente para declararlo ganador absoluto, por lo que se hizo necesario, entonces, llevar a cabo una segunda vuelta entre los dos principales candidatos en junio de ese año.

En ese evento de balotaje, Vargas Llosa no veía perspectivas de triunfo, porque todo hacía presagiar que Fujimori sumaría el respaldo de los partidos socialdemócrata y de las izquierdas, como en efecto ocurrió, por lo que obtuvo una cómoda victoria. A raíz de ello, Vargas Llosa decidió ponerle punto final a su carrera política y hacer dos promesas públicas: no aspirar más cargos públicos ni criticar al nuevo gobierno peruano.

Al asumir Fujimori, aplicó un programa de ajustes económicos de corte liberal, bastante similar al planteado por Vargas Llosa, con el que la economía peruana pudo superar sus problemas de estancamiento económico, hiperinflación y desempleo. No obstante, en abril de 1992, Vargas Llosa tuvo que romper la segunda parte de aquella promesa y denunciar, a viva voz, un autogolpe de Fujimori, que disolvió el Congreso, de mayoría opositora, “la Corte Suprema y el Tribunal de Garantías Constitucionales, suspendió la Constitución y empezó a gobernar a través de decretos-leyes (Granés, 2008, prólogo de Vargas, 2009)”. Reelecto en 1995 para otro período, Fujimori logró derrotar a los movimientos violentos de guerrilla que azotaban al Perú y gozar de alta popularidad, pero diversos actos de corrupción, abusos en el ejercicio del poder y violaciones a los derechos humanos dieron al traste con sus intenciones de buscar un tercer mandato y lo condujeron a ser condenado y encarcelado (Krauze, 2011).

Cerrado este capítulo en su vida, Vargas Llosa retornó a la literatura y a un rol como intelectual estandarte de la democracia liberal en el mundo de habla hispana. Parte de su compromiso con esta causa la manifestó en 2002 al organizar un grupo de intelectuales para crear la Fundación Internacional para la Libertad (FIL), con el objetivo de defender los “principios cuya instauración constituyen las bases de la democracia, la libertad y la prosperidad”. Para ello, publican información y organizan eventos con una red de 35 organizaciones afines de 17 países de América y Europa.

Capítulo VIII

Desde un punto de vista biográfico, puede descubrirse que la adopción de la libertad para Mario Vargas Llosa -especialmente en su faceta de expresión y opinión- como un principio inquebrantable surgió en los años finales de su infancia: a partir de allí, nadie ha podido coartarle su soberanía para escribir, hablar o leer.

No obstante, a lo largo del presente ensayo, se constata cómo su noción personal de libertad (o emulando a Berlin, de la “cultura de la libertad”), se ha ido ampliando y enriqueciendo con las vivencias, experiencias y enseñanzas que una existencia tan prolongada acarrea. Si bien su trasvase del socialismo al liberalismo fue paulatino, podría afirmarse, a grandes rasgos, que Vargas Llosa tiene ya un historial de casi cuatro décadas y media como un liberal consumado.

Para Granés (2008, prólogo de Vargas, 2009), Vargas Llosa ha sido la figura “intelectual que más ha luchado por combatir los estereotipos y desfases que distorsionan los análisis de la realidad latinoamericana, especialmente los que se hacen desde los países desarrollados”. Por todos los medios que han estado a su alcance, se ha encargado de difundir los fundamentos de una libertad que considera única “e indivisible (Vargas, 2014)”; argumentando que han fracasado todos los regímenes que “pretendieron estimular la libertad económica siendo despóticos” pero también las democracias “que respetaban las libertades políticas, pero no creían en la libertad económica (Vargas, 2018)”.

La libertad que defiende no está confinada a los muros propios de una ideología o de una “religión laica y dogmática” sino que cree en “denominadores comunes que prevalecen sobre las diferencias entre los hombres y las mujeres de esta tierra (Vargas,

2011)”. Es, particularmente, una “atmósfera que debe impregnar” simultáneamente todos los aspectos de la vida, desde la economía, la política, la religión, la educación, la ciencia y hasta la literatura, para que pueda “garantizar el verdadero progreso”. De lo contrario, si en alguno de esos ámbitos, “la libertad se eclipsa, en todos los otros se encontrará amenazada (Vargas, 2014)”.

Lo considera un concepto tan rico y amplio como la capacidad de raciocinio, de pluralismo, de tolerancia, de respeto a los otros, de dinamismo y de rectificación ante los errores (Vargas, 1991), exclusiva de los seres humanos, que los diferencia de los otros seres vivos y que ha contribuido “más que ningún descubrimiento científico o sistema filosófico a atenuar la violencia y los instintos de dominio y de muerte en las relaciones humanas (Vargas, 2005)”. Del mismo modo, reconoce a la libertad como “una creación de la civilización (Vargas, 1994b)” que no existía “en la noche de los tiempos” y que el progreso de las naciones ha venido sujeto a la flexibilidad y autonomía que se le ha otorgado a los individuos para “moverse libremente” entre “las categorizaciones “colectivistas: la religión, la raza, la nación, la cultura (Ídem)”, “organizar su vida y realizar sus expectativas sin interferencias injustas (Vargas, 2005)”.

Es una filosofía existencial que, aun cuando aborrece y desconfía del poder, reconoce que el Estado es necesario en toda sociedad “salvo en las hermosas utopías de los anarquistas” (Ídem), pero debe ser “pequeño, pero muy eficiente (Vargas, 2018)”, operar bajo condiciones de contrapeso y balance institucional adecuado, cumplir estrictamente sus funciones propias –sin menoscabo de alguna otra que pueda ser asumida por la sociedad- y ser garante de los deberes, derechos y libertades de sus gobernados, es decir, de una plena “justicia social” (Vargas, 2005).

Vargas Llosa señala que la corriente liberal ha sido la más “vilipendiada y calumniada a lo largo de la historia (Vargas, 2018)”, pero ninguna ha demostrado resultados visibles en tantos aspectos. Gracias a ella, “la humanidad ha podido progresar desde

la caverna primitiva hasta el viaje a las estrellas y la revolución informática, desde las formas de asociación colectivista y despótica hasta la democracia representativa (Vargas, 2005)” así como también en la defensa y promoción de “los derechos humanos; la libertad de expresión; los derechos de las minorías sexuales, religiosas y políticas; la defensa del medio ambiente y la participación del ciudadano común y corriente en la vida pública (Ídem)”.

Para Vargas Llosa, en síntesis, la cultura de la libertad, en democracia, con sus imperfecciones, “su necesidad permanente” de actualización, “revisión y crítica constructiva”, representa “la mejor esperanza para el florecimiento humano (Sánchez-Costa, 2020)”.

Fuentes Consultadas

Granés, C. (8 de octubre de 2010). Vargas Llosa, el liberalismo y el Nobel. Letras Libres, edición España. <https://letraslibres.com/revista-espana/vargas-llosa-el-liberalismo-y-el-nobel>

Krauze, E. (2011). Redentores. Ideas y poder en América Latina. Primera edición. Random House Mondadori, S.A. de C.V. México.

Sánchez-Costa, E. (2020). El ensayismo político de Mario Vargas Llosa: del populismo comunista al liberalismo. Populismo y propaganda: entre el presente y el pasado. Tukasz Szkopinski & Agnieszka Woch.

Sarmiento, S., Pantoja, B. & Guemez, A. (productores) (2021). Mario Vargas Llosa: Una vida en palabras [serie de televisión]. Centro Ricardo B. Salinas Pliego.

Vargas, M. (18 de mayo de 1975). Albert Camus y la moral de los límites. Lima.

Vargas, M. (2 de marzo de 2005). Confesiones de un liberal. Letras Libres. Edición España. <https://letraslibres.com/revista-espana/confesiones-de-un-liberal/>

Vargas, M. (2017). Conversación en Princeton con Rubén Gallo. Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U. Barcelona.

Vargas, M. (1967). S/N. [Discurso]. Entrega del Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos. CELARG. Caracas.

Vargas, M. (1989). El instinto de la libertad. Monografía N° 31. CEDICE. Caracas.

Vargas, M. (1993). El pez en el agua. Memorias. Editorial Seix Barral, S.A. Barcelona.

Vargas, M. (1994a). Ideas para una sociedad libre. Monografía N° 53. CEDICE. Caracas.

Vargas, Mario (1994b). La democracia no se hace desde arriba/Entrevistado por María Ramírez Ribes. Cambio 16 América. N° 1.177.

Vargas, Mario (24 de noviembre de 2011). La libertad es una e indivisible [Discurso]. Entrega del premio Una Vida por la Libertad. Sexto Concurso de Ensayo. Caminos de la Libertad. México.

Vargas, M. (20 de octubre de 1991). La libertad y la igualdad. Piedra de toque. El País. Madrid. pp. 13-14.

Vargas, M. (2018). La llamada de la tribu. Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U. Barcelona.

Vargas, M. (25 de enero de 2014). Liberales y liberales. Piedra de toque. El País. Madrid. p.37.

Vargas, M. (2010). Mario Vargas Llosa: elogio de la lectura y la ficción. Entrega del premio Nobel. ©Fundación Nobel 2010. Estocolmo.

Vargas, M. (2009). Sables y utopías. Visiones de América Latina. Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U. Barcelona.



El Centro de Divulgación del Conocimiento Económico, A.C. CEDICE Libertad, asociación civil sin fines de lucro, privada e independiente, fundada en 1984, por personas comprometidas en la defensa de la libertad individual, la iniciativa privada, los derechos de propiedad, gobierno limitado y búsqueda de la paz.



CediceLibertadVE



@cedice



CediceLibertad



CediceVE



CediceLibertad

Av. Andrés Eloy Blanco (este 2)
Edif. Cámara de Comercio de Caracas
Nivel Auditorio, Los Caobos, Caracas

+58 (212) 571.33.57
cedice@cedice.org.ve
www.cedice.org.ve